



# LECCIONES DEL CIELO

*Diez cosas sobre Dios que aprendí cuando viajé al cielo*

Steve Sjogren

zenith

Steve Sjogren

# Lecciones del cielo

Diez cosas sobre Dios  
que aprendí cuando viajé al cielo

Zenith/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Heaven's Lessons*

Diseño de la cubierta: James W. Hall, JWH Graphic Arts

Fotografía de la cubierta: 123RF

Fotografía del autor: © Tom Osypian

Primera edición: mayo de 2014

© Steve R. Sjogren, alias Steve Sjogren, 2013

Todos los derechos reservados.

Publicación contratada a través de Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© de la traducción, Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.zenitheditorial.com](http://www.zenitheditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-08-12234-0

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B-4.972-2014

Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| 1. Vivimos en un mundo espiritual. . . . .                       | 11  |
| 2. Dios es GRANDE . . . . .                                      | 33  |
| 3. El éxito funciona marcha atrás. . . . .                       | 47  |
| 4. A Dios le gusta especialmente la gente<br>irregular . . . . . | 69  |
| 5. No temas a la muerte . . . . .                                | 91  |
| 6. Deja de rendirte . . . . .                                    | 101 |
| 7. Dios cura de manera gradual. . . . .                          | 123 |
| 8. ¡Supéralo! . . . . .  | 135 |
| 9. Afronta tus miedos . . . . .                                  | 165 |
| 10. Da gracias . . . . .   | 185 |
| Conclusión: Te reto a que me retes... . . . .                    | 199 |
| <i>Notas</i> . . . . .   | 211 |
| <i>Agradecimientos</i> . . . . .                                 | 217 |

## VIVIMOS EN UN MUNDO ESPIRITUAL

Cuando abrí los ojos, la gente que había alrededor de mi cama no me resultaba familiar. No se parecían a nadie que hubiera visto antes. Eran transparentes. Nadie dijo una sola palabra, pero al instante supe lo que querían. Estaban allí para apoyarme, para instarme a continuar, a no rendirme en mi desesperada lucha por la vida.

Pocos días antes había llegado al hospital porque tenía programada una «sencilla intervención quirúrgica» de cuarenta y cinco minutos. Ya nunca utilizo los términos «sencilla» y «operación quirúrgica» en la misma frase. Si los médicos tienen que anestesiarte, no es algo sencillo. Aquella noche, en contra de lo planeado, no volví a casa. De hecho, tengo la sensación de que pasé más de doce años en la sala de recuperación después de la operación.

Era un procedimiento rutinario. El equipo de cirujanos debía localizar y extraer mi vesícula biliar, una operación que se realiza decenas de miles de veces

al año sólo en Estados Unidos. En mi caso, las cosas se complicaron a los pocos minutos de iniciarse la intervención.

Antes de la operación, había estado sufriendo unos pinchazos en el abdomen que hacían que me retorciere de dolor. Soy la clase de persona que acude al especialista en cuanto le duele algo, así que al segundo de estos ataques me presenté en la consulta de nuestro médico de familia. Su diagnóstico inicial fue que sufría de vesícula biliar inflamada, así que me derivó a un «importante cirujano» de un hospital urbano de tamaño medio. Una semana después me encontraba en la consulta de un joven pero muy prestigioso especialista local. En seguida me cayó bien. Teníamos muchas aficiones comunes, como, por ejemplo, el tiro al plato o los peces tropicales; y también era un voraz lector de ensayos. Por todo eso sentí que se establecía una conexión inmediata entre ambos.

Después de examinarme, me prescribió una serie de pruebas preliminares para asegurarse de que el problema estaba, efectivamente, en la vesícula. Me hicieron un escáner CT, un MRI y un análisis por ultrasonidos, y ninguno de ellos detectó la presencia de cálculos biliares... ni de vesícula. Cuando, algo más tarde, hablé con el cirujano, me expresó su sorpresa ante el hecho de que ninguna de las pruebas hubiera localizado el órgano, pero, puesto que «todo

el mundo tiene vesícula biliar», su conclusión era que la mía debía de sufrir algún problema que la había atrofiado de manera significativa. Por eso no aparecía en las pruebas. Y esto quería decir que la cirugía era todavía más urgente.

Le comenté que yo viajaba con mucha frecuencia, a menudo fuera del país. Me dijo que eso podía suponer un problema, puesto que la calidad de la atención médica en otras zonas del mundo dejaba mucho que desear. ¿Estaba dispuesto a someterme a una intervención de urgencia mientras estuviera fuera del país?, me preguntó. La respuesta fue obvia: evidentemente, tenía que operarme lo antes posible. Aquello sucedió alrededor de Acción de Gracias, cuando estábamos acercándonos a Navidad, una época bastante tranquila para mí desde el punto de vista laboral y, por tanto, un buen momento para operarse. Ahora me avergüenza un poco reconocerlo, pero por aquel entonces casi recibí la noticia con alegría. Me lo tomé como unas pequeñas vacaciones de la agotadora agenda de trabajo que tenía. De hecho, una semana de baja por enfermedad me parecía casi tan bien como unas vacaciones en Florida.

Más tarde me enteré de que aproximadamente una de cada treinta mil personas nace sin vesícula biliar. Los médicos no tardarían en descubrir que yo era uno de esos raros individuos.

En otras palabras, el día de la operación, iban a tratar de extraer una vesícula inexistente.

Como en cualquier intervención por laparoscopia, los cirujanos realizaron tres incisiones laterales pequeñas y poco profundas en el costado derecho de mi cuerpo para introducir el instrumental. Luego abrieron una última incisión menor justo debajo del ombligo para que pudiera penetrar el instrumental que debía abrirse camino en mi interior. El problema fue que, por alguna razón, que nunca se determinó, este último corte profundizó demasiado, varios centímetros, para ser exactos. La hoja del bisturí penetró por la parte delantera de la aorta descendente y salió por detrás. En ese punto, la aorta tiene el diámetro aproximado de un dedo pulgar. Es la mayor arteria del cuerpo y transporta sangre oxigenada entre el «sur» del corazón y las piernas, tras subdividirse en arterias más pequeñas. La hemorragia interna que me provocó la incisión hizo que mi presión sanguínea se desplomara hasta llegar a 30 de máxima y 10 de mínima. Lo normal es más o menos 120 / 80. ¿Era muy grave? Si esta débil presión sanguínea se prolonga más allá de unos pocos segundos lo normal es que se produzcan daños cerebrales y toda clase de problemas neurológicos. En palabras de un médico: «Es la presión sanguínea de una esponja, no la de un ser humano». Yo permanecí en aquel estado durante una hora y quince minutos.



Aunque estaba sangrando como un animal en el matadero, los médicos no podían verlo, puesto que la sangre se acumulaba detrás de mis órganos principales, junto a la columna vertebral. Cuando por fin el equipo se percató de lo que había sucedido, su reacción fue inmediata, pero ya era demasiado tarde: me había desangrado casi por completo. Mi corazón no recibía sangre suficiente para seguir bombeando.

Entonces sucedió. Mi corazón estuvo en «código azul» durante siete minutos..., lo que equivale a decir que se paró.

Y se hubiera quedado así de no ser por la valiente reacción del equipo de cirujanos, que comenzaron a bombear hemoderivados a mi organismo tan rápidamente como éste podía recibirlos.

En este tipo de condiciones, cuando el organismo no tiene sangre o presión sanguínea suficientes para funcionar, entra en una especie de modo de emergencia para proteger el corazón y el cerebro. Cualquier otra consideración pasa a ser secundaria. En mi caso, al cabo de poco tiempo, diversos órganos y partes de mi cuerpo, como el hígado, el colon o las extremidades, dejaron de recibir sangre en cantidades suficientes. Los dedos de las manos y de los pies (y otros miembros que prefiero omitir aquí) comenzaron a teñirse de azul. Si no se producía rápidamente algún cambio corría el peligro de perder al-

gunos de ellos (o todos) por necrosis. De hecho, el hígado y el colon ya habían empezado a necrosarse (más tarde tendrían que extraerme una parte de cada uno de ellos para impedir la propagación de la gangrena) y tenía los pulmones llenos de líquido.

Una presión sanguínea extremadamente baja provoca multitud de daños en la columna vertebral, lo que a su vez genera toda clase de complicaciones de tipo neurológico. Es un tipo de daño que no se manifiesta de manera inmediata, sino que se va descubriendo gradualmente. Tras la cirugía me di cuenta de que había perdido bastante control muscular sobre las piernas, pero hasta después de algún tiempo no me percaté de que había otros problemas más serios. Más recientemente he descubierto que he perdido la percepción de la profundidad (como puede atestiguar mi compañía de seguros después de varios accidentes). Hace no mucho, los médicos descubrieron que los problemas abdominales que venía sufriendo eran otra de las consecuencias del incidente que había sufrido sobre la mesa de operaciones unos años atrás. Esto me ha provocado problemas de insomnio ocasionales. Nunca se me había ocurrido que pudiera existir una relación entre una presión sanguínea baja y problemas digestivos.

A veces me he preguntado si las secuelas de este accidente, a todos los niveles —físicas, emocionales y

espirituales—, me seguirán hasta el fin de mis días, cuando me llegue la hora de morir... de verdad.

La ordalía que tuve que soportar fue tan dura que creí que no podría superarla, pero creo que Dios me envió aliento bajo la forma de determinados «visitantes». Durante algún tiempo me dio miedo hablar demasiado sobre lo que había visto. Temí que algunos creyeran que había perdido la cabeza. ¿Quién había oído hablar de algo así? Pero dejé de preocuparme cuando mi camino se cruzó con el de un personaje llamado Juan Casiano, un antiguo historiador de la Iglesia que había registrado numerosos casos de experiencias cercanas a la muerte (o ECM), cuyos protagonistas se habían encontrado con personas que los habían precedido en el tránsito a la otra vida. Y si tenemos en cuenta la buena reputación de que disfrutaba Casiano en sus tiempos, casi se podría concluir que las ECM se consideraban hechos bastante habituales hace casi dos mil años.

Cuando abrí los ojos en la UCI, aquellas personas estaban reunidas alrededor de mi cama, formando un círculo y cogidas de la mano. Supe al instante que aquellos seres de aspecto misterioso habían fallecido en otras habitaciones del hospital. Tenían los ojos parcialmente cerrados y la cabeza inclinada, como si estuvieran rezando al unísono. Aunque nunca nos habíamos visto, sentí un vínculo instantáneo y profundo con cada una de ellas, como si fue-

sen viejos amigos. De repente, en el fondo de mi corazón, conocí sus historias particulares, todo aquello por lo que habían luchado, lo que habían conseguido en la vida, las causas a las que se habían consagrado, los lugares de los que procedían y los detalles de las circunstancias traumáticas en las que habían muerto. Lo único que se me ocultó fueron las cosas negativas. Pero puede que lo más sorprendente de todo fuese la intensidad del amor que experimenté: una gran emoción despertó en mi interior, orientada a cada una de ellas, una sensación casi comparable a lo que siento por mis propios hijos, que es un amor sin medida.

Según yo lo veo, la conexión que sentí debía de ser la norma en el cielo, la forma que tendremos todos de conocer y ser conocidos al llegar allí. Todos nos comprenderemos mutuamente de un simple vistazo y estaremos conectados para siempre unos con otros. Los demás estarán en nuestros corazones y nosotros en los de ellos, con una profundidad que no habríamos podido alcanzar ni tan siquiera tras una vida entera de amistad en la Tierra.

Puede que relatos como el mío no sean muy frecuentes en estos tiempos, pero quizá esto se deba a que muchos de los que han pasado por ECM tienen miedo de contar lo que han visto o a que carecen de un marco de referencia para interpretar el mundo espiritual que los rodea. Pero al margen de las espe-

culaciones que puedan hacer los demás en relación con historias como la mía, la realidad sigue siendo la misma. Lo que yo había sentido durante la mayor parte de mi vida se confirmó el día de mi muerte: vivimos en un mundo espiritual.

Un colectivo que comprende bien la espiritualidad de este mundo es el de los monjes del monte Athos, al norte de Grecia. Aparecieron en el programa *60 Minutes* de la CBS, en el que dijeron haber adquirido el compromiso vitalicio de «rezar sin cesar», tal como nos animan a hacer las Sagradas Escrituras.<sup>1</sup> Nunca abandonan los límites de su monasterio, donde no hacen más que rezar y trabajar todos los días. Se trata de una comunidad autosuficiente, así que su jornada no está exenta de quehaceres, pero, sin embargo, rezan todos los días, a todas horas, mientras trabajan y durante sus horas de vigilia. En el programa, bajo la atenta mirada de las cámaras, se encargaban de sus tareas cotidianas (como podar los frutales) sin dejar de rezar en voz baja un solo momento.<sup>2</sup>

En su caso, rezar sin parar no es una metáfora, es un acto literal. Viven simultáneamente tanto en el mundo físico como en el espiritual, más real y más permanente para ellos.

A la mayoría de los occidentales les cuesta lidiar con la idea de un mundo espiritual. En general lo consideran algo que entra dentro de lo posible pero

que aún está por demostrar, con lo que la reciben con ciertas dosis de escepticismo. Pero el resto de los habitantes de la Tierra, que se cuentan por miles de millones, lo ven de manera distinta. Estas personas creen en la dimensión espiritual (y viven de acuerdo a esta creencia). Para ellos es tan real como la física.

El mundo espiritual no está confinado solamente a nuestros momentos de vigilia: también toca nuestro subconsciente.

### **La liberación de los sueños**

Todo el mundo sueña. La mayoría de las veces, los sueños son meros dislates, pero algunos de ellos tienen sentido. Del mismo modo que, en la Biblia, Dios hablaba a los hombres a través de los sueños, hoy sigue dirigiéndonos su voz desde el reino de lo onírico. Y lo único que necesitamos es a alguien que nos ayude a interpretar el mensaje, no siempre obvio, de estos mensajes.

Raras veces he sido tan profundamente consciente de la naturaleza espiritual del mundo como cuando, después de mi accidente, unos amigos pastores y yo asistimos al Burning Man Festival (una especie de acontecimiento-experiencia de arte y expresión

*New Age*), celebrado la semana anterior al día de los Trabajadores en el desierto del norte de Reno, Nevada, para mostrarles el amor de Dios a cincuenta mil *burners*. En aquella ocasión preparamos un par de proyectos para difundir nuestro mensaje. En primer lugar, regalamos botellas de agua junto con tarjetas promocionales de nuestra página web, Kindness.com. Cada una de aquellas tarjetas contenía un sencillo mensaje que explicaba que Dios no sólo es amor, sino también la expresión práctica de este amor. Como podrás imaginar, ¡fue un éxito enorme!

En segundo lugar, realizamos lo que bautizamos como «interpretaciones bíblicas de los sueños». Cuando la gente nos preguntaba lo que queríamos decir con eso, nuestra respuesta era: «Estamos practicando interpretar los sueños [...] sólo que todavía no se nos da demasiado bien». Nuestro equipo había recibido su formación de gente que había estudiado los sueños que aparecen en las Sagradas Escrituras. Esos sueños transmitían siempre una serie de mensajes o ideas, que nosotros procurábamos relacionar con sueños actuales. ¡No sabíamos qué recibimiento nos iba a dispensar la gente, pero lo cierto es que fue fabuloso! En ocasiones, la cola que se formaba para vernos ocupaba una manzana de longitud.

Entre los centenares de personas a las que ayudamos, había dos sueños que se repetían mucho. En el primero de ellos, al soñador lo perseguían unos

zombis. Los intérpretes de sueños profesionales con los que nos habíamos formado pensaban que no se trataba de algo negativo, sino de indicios de que los soñadores estaban avanzando hacia su destino en Dios, hacia lo que Dios quería que hiciesen al acudir en pos de Él.

En el segundo sueño, que se repetía una vez tras otra, los soñadores veían a un hombre frente a sí. Tenía una melena que le llegaba hasta los hombros y vestía con ropas blancas de deslumbrante pureza. Abría los brazos y les decía:

—Venid a mí y yo os daré descanso.

Todos nos contaron que aquel hombre se les aparecía una noche tras otra para decirles aquellas mismas palabras, sin que tuvieran la menor idea de lo que significaban. ¿Puedes imaginarte la sorpresa que los embargó cuando les mostramos el pasaje de Mateo en el que Jesús realiza esta misma promesa?<sup>3</sup> ¡Se quedaron anonadados! (Lo mismo que nosotros la primera vez que nos contaron aquel sueño.)

Algunos se echaron a llorar. Otros permanecieron donde estaban, sumidos en un silencio estupefacto. Y para muchos, la pregunta que surgió de manera natural fue: «¿Qué hago ahora?». Les sugerimos que rezaran lo que deseara rezar su corazón. Para la mayoría de ellos, esto significó lo mismo que para mí la primera vez que entré en contacto con Dios y cobré conciencia de su grandeza: «Aquí me tienes».



Dios acude a la gente para entrar en contacto con ella. Y lo hace de muchas formas diferentes, como, por ejemplo, enviándole sueños sobre Jesús. Vivimos en un mundo espiritual.

Y también existe un lado oscuro que evidencia este mismo hecho: a lo largo de los muchos años que he pasado ejerciendo como pastor, he exorcizado a docenas de personas. La dinámica de estos encuentros recuerda mucho a lo que les pasó a Jesús y a los apóstoles en las Sagradas Escrituras.

Aunque soy pastor, me he pasado casi toda la vida fundando nuevas iglesias a partir de cero. Lo que suele pasar en estos casos es que mi esposa Janie y yo llegamos a una comunidad nueva. Empezamos por cuidar y servir a los necesitados, lo que provoca que nuestro colectivo crezca y vaya cobrando mayor impulso. Algunos de los recién llegados tienen problemas espirituales, o «visitantes», como los llamamos nosotros. Como líderes, nuestro cometido consiste en ayudarlos a combatir esta especie de «dolencias» del alma.

En cierta ocasión me encontraba en la zona de Los Ángeles, más concretamente en el paseo marítimo de Venice Beach, con un par de amigos de los que suelen ayudarme a fundar nuevas comunidades. Quienes nos dedicamos a la fundación de iglesias solemos tratar más frecuentemente con los poderes de las tinieblas que los pastores normales. Mientras

paseábamos por delante de centenares de puestos, nos cruzamos con dos espiritistas separados por más de quince metros entre sí. Cuando pasábamos por delante del primero de ellos, una mujer, ésta exclamó con una voz extrañamente masculina:

—Éstos son hombres de Dios y están revestidos de poder.

A todos nos pareció muy raro. No nos habíamos detenido a hablar con ella. Ni siquiera habíamos cruzado una mirada. Pero tanto sus palabras como la masculinidad de su voz fueron inconfundibles. Y entonces, al tiempo que seguíamos nuestro paseo, el segundo de los espiritistas dijo, sin que nadie se dirigiera a él:

—¿Han venido a expulsarnos?

Hace poco, durante el servicio dominical, hablé sobre un encuentro que había mantenido Jesús con un hombre poseído por un demonio. Al acabar, un feligrés se me acercó y, con una sonrisa en los labios, me dijo:

—Es tranquilizador que esas cosas sólo sucedan en sitios como Asia y África y no aquí, en Estados Unidos. Me alegro de vivir en un país moderno, donde no vemos cosas así.

Aquel día no tuve valor para explicarle que se equivocaba, pero sí para decirle que algún día teníamos que sentarnos para charlar delante de una taza de café.

## Un oído para escuchar

En los últimos años, libros como mi anterior obra, *El día en que morí*, han gozado de amplia repercusión porque tratan un tema que intriga a los occidentales: la otra vida. Estos libros presentan una historia esperanzadora donde se nos revela que existe algo real en el «más allá», algo que no alcanzamos a percibir con nuestros ojos físicos. Sus historias han hecho prender la llama de la esperanza en muchos corazones, esperanza en una eternidad que nuestra formación superracional había asfixiado en nuestro interior. Pero la verdad de las Escrituras sigue siendo: «Él sembró la eternidad en el corazón humano».<sup>4</sup> En el interior de todos nosotros pervive el anhelo de la vida eterna.

Como muchos otros niños, cuando yo era pequeño sentía una inclinación innata a ver el mundo como algo espiritual. Aunque no lo entendía demasiado bien, asumía que había un mundo sobrenatural a nuestro alrededor. Recuerdo haber rezado a la edad de nueve años con la esperanza de que hubiera un Dios capaz de ayudarme en un aprieto: había extraviado la navaja del ejército suizo que me había regalado mi abuelo Emil. La idea de haberla perdido para siempre me ponía enfermo, así que recé: «Dios, muéstrame dónde debo buscar mi navaja».

Al momento, apareció una imagen en mi cabeza del lugar en el que debía buscar. De todas las zonas de la casa y el garaje donde podía estar, fui a la que había visto en mi mente. Abrí un cajón, aparté una cosa y allí estaba, exactamente en el mismo sitio donde la había visto en mis pensamientos. De haber estado solo, habría tardado horas en revisar todos los cuartos y cajones. Pero con la ayuda del Espíritu Santo supe exactamente dónde debía mirar. Queda claro, por tanto, que esta ayuda se manifiesta de manera práctica y efectiva.

No recuerdo haber vuelto a rezar hasta la edad de once años, cuando perdí una de mis mejores flechas de aluminio en la parcela de más de media hectárea de tupido césped que crecía junto a nuestra casa. No había conseguido darle a la diana, pero como estaba anocheciendo, tampoco sabía en qué dirección se había perdido. Al día siguiente iban a venir los jardineros a cortar el césped, así que si no encontraba la flecha aquella misma tarde, podía darla por perdida. Estaba desesperado, así que recé: «Por favor, Dios, ayúdame a encontrar mi flecha». Y entonces, en franco desafío a toda razón, una imagen volvió a aparecer en mi mente, la imagen del lugar donde se encontraba el proyectil. En un acto de fe, caminé hasta allí, pasé el dedo bajo las gruesas briznas de hierba y ¡pam!, ahí estaba. Pensé: «¡Debería acordarme de rezar más a menudo!».